

# Sobre unas Críticas Indirectas, a la "Historia Contemporánea de Chile"

APR 6 03 89

El domingo 18 de mayo, en la sección *Artes y Letras* de este periódico, se publicó una serie de observaciones críticas que el historiador Sergio Villalobos endilgó a los "comentarios" que la Doctora en Historia (c), María Angélica Illanes, expuso con ocasión del lanzamiento del libro "Historia Contemporánea de Chile" de los historiadores ~~Julio Pinto~~ y Gabriel Salazar; los que fueron publicados por el mismo periódico en su edición del domingo 9 de mayo. Utilizando el texto de la doctora Illanes como pivote o frontón, el profesor Villalobos criticó la concepción histórica que, supuestamente, inspira a dichos autores y a su más reciente libro.

A este respecto, creo necesario puntualizar lo que sigue:

1.- Tanto el conocimiento histórico como cualquiera otra forma de conocimiento se contruye desde la posición en la que se sitúa, concretamente, el sujeto cognoscente, cualquiera sea el desarrollo intelectual de éste. No existe en este mundo una posición privilegiada para conocer —por ejemplo, algo así como una "posición Dios"—, como no sea la situación real, específica y cotidiana desde donde se realiza de hecho la investigación o la reflexión. La realidad puede, por eso, ser "legítimamente" conocida tanto desde la mirada de un aristócrata o de un alto oficial o empresario, como desde la mirada de un ser común y corriente o pobre o marginal. Los oficiales del Ejército pueden reunirse —como lo han hecho— para escribir la Historia de Chile desde "su" particular posición, y nadie puede negarles su derecho a hacer eso. Los pobladores de La Legua o del Campamento Esperanza Andina de Peñalolén pueden reunirse también —como también lo han hecho— para evocar, investigar, publicar y comentar la Historia de Chile desde "su" perspectiva particular, y nadie puede negar la legitimidad de su punto de vista. La Historia de Chile "tradicional" —reconocida como tal por el profesor Villalobos— ha sido escrita por numerosos historiadores "para" y "desde" las élites de este país, y nadie discute a esos historiadores su deslizamiento subjetivo hacia esa perspectiva particular y no, por ejemplo, hacia la de los pobres o de la gran masa ciudadana. Porque un cientista social "puede" —y a veces, éticamente, "debe"— situarse en una u otra posición, y a menudo optar por posiciones no-tradicionales y no-oligárquicas ni elitistas. Ha de tenerse presente que las definiciones neokantianas y positivistas de la Historia y demás Ciencias Sociales ha mucho ya que están colapsadas. Las verdades generales y totales no existen. El trabajo actual del cientista social es operar y desarrollar el conjunto dialéctico de verdades posicionales, sin auto-

hipnotizarse con supuestas verdades absolutas.

2.- En nuestro caso, nos hemos sentido inclinados a situarnos en la perspectiva de la mayoría ciudadana, en la que han convivido históricamente —durante siglos— tanto los pobres y excluidos como los ciudadanos rascos de carne y hueso. ¿Por qué esta opción? Primero, porque los pobres y excluidos —que desde que Chile es Chile han fluctuado entre 40 y 60% de la población total— son los que necesitan luchar por su integración a la vida moderna, por la equidad distributiva y por una plena participación en las decisiones públicas que les afectan; es decir: porque necesitan, históricamente, humanizar la sociedad, profunda e integralmente y no epidérmicamente, como humanizar ha sido hasta hoy. Segundo, porque los ciudadanos rascos de carne y hueso —que han sido tratados, desde 1833, como comparsas de individuos cuyo voto puede ser manipulado de distintos modos— sustentan la soberanía y la legitimidad, necesitando, por tanto, históricamente, luchar por una democracia real, social y participativa. Hemos elegido esta posición porque nos interesa, precisamente, el sentido humano de la historia y la legitimidad del poder. Y porque no nos interesa tanto el (limitado) progreso material impulsado hasta hoy por las "élites conductoras" (viaductos, carreteras, packings, malls, etc.), sino el subproducto social acumulado por esa conducción: la pobreza material y ciudadana, y el modo como los afectados por esa doble pobreza intentan e intentarán liberarse históricamente de esa condición. La Historia, creemos, debe centrarse en el sentido de lo humano y en la suerte que corren, por tanto, la legitimidad y la soberanía cívicas —expresiones de lo humano como poder—: lo que implica conocer todas las posiciones involucradas en esa suerte.

3.- Ha sido propio de la Historia Tradicional ignorar, rechazar y aun desprestigiar sardónicamente los esfuerzos académicos realizados para asumir consistentemente el locus epistémico del verdadero humanismo, de la legitimidad y de la auténtica soberanía. En ese empeño los historiadores tradicionales han incurrido, a menudo, en un militantismo oligarquista más simplista y torpe que el "empobrecimiento de la Historia" que atribuyen —por lo común, sin mucho estudio— a los que realmente quieren su humanización. Y se han precipitado a etiquetarlos antes que a estudiarlos y analizarlos. En el siglo pasado se les motejó de anarquistas y rojos; en éste, de subversivos, marxistas, ideologistas o —más cómodamente, de "comunistas"—, demostrando, de paso, una pobre erudición sobre lo que genéricamente se reco-

noce como "teoría del cambio social". Es una lástima que el profesor Villalobos (que tuvo "un sector de admiradores entusiastas"), tras las opciones expuestas en su Historia del Pueblo Chileno, se haya instalado, al parecer definitivamente, en las troneras de aquellos que miran por el ojo de "los altos sectores, las élites... la aristocracia, la burguesía, la oligarquía o como quiera llamársela" (como él mismo dice). Que se sitúe en el mismo anaquel que F.A. Encina, A. Edwards, J. Eyzaguirre, M. Góngora, G. Vial, A. Jocelyn-Holt y otros. Que no pueda leer con suficiente velocidad los conceptos con que hoy se definen y debaten los problemas del mundo contemporáneo —que, desde la globalización de Chile, tienen plena validez para reflexionar sobre nuestra historia— y que le resulte más cómodo debatir en carambolas: criticando el comentario de la doctora Illanes para criticar el libro de Pinto y Salazar, y perforar, por fin, su verdadero blanco: los esfuerzos de los pobres y ciudadanos para revertir la "frustrante" (A. Pinto) historia de los llamados conductores de este país.

4.- ¿Qué Historia necesita hoy la sociedad civil chilena? ¿Qué Historia están demandando esos jóvenes que no se inscriben en los registros electorales, los inscritos que votan en blanco, o anulan, o votan "alternativo", y que suman ya más del 50% del electorado nacional? ¿Cómo alimentar la memoria social de la "baja" sociedad civil chilena, que hoy está demostrando alta incredulidad en las "historias oficiales", en los discursos triunfalistas y en la capacidad y civismo de las élites dirigentes? ¿Qué Historia de Chile contarles a todos esos pobladores y mujeres que prefieren investigar y escribir su propia versión de la Historia, y que están creyendo más a su memoria que a las versiones ilustradas? ¿Bastará con editar de nuevo a Barros Arana, Toribio Medina, Edwards o multiplicar los fascículos de Gonzalo Vial? ¿Será suficiente que el Ejército publique "otra" crónica de sus gestas heroicas, a más de las que ya le ha ofendido la Historia Tradicional? Todo indica que la ciudadanía chilena necesita conocer, no una o "la" versión neokantiana de su historia, sino algo tan variado, multifacético, plural y democrático como es ella en sí misma. Necesita recorrer todas las "posiciones" posibles, porque su verdadera unidad e integración se logra y logrará sólo cuando integre toda su diversidad dentro de un proyecto legítimo y soberano de humanización, y no a través de poderes fácticos que reprimen a la mitad de la ciudadanía para, en el fondo, tratar de seguir alucinando a medio Chile con la dudosa monserga de la supremacía innata de las élites.

Gabriel Salazar Doctor en Historia